

Carácter divino de Jesucristo.

§ I.

Durante los tres años de su vida pública, el Hijo de Dios predicó el Evangelio, pasó haciendo bien y enseñando, mas aún con su divina santidad, que con sus palabras y discursos.

La enseñanza de Jesus es á un tiempo mismo sublime y sencilla. Al oírle, se ve claramente que Dios es quien habla; pero quien habla para todos; para el mas humilde, como para el mas elevado: para el pueblo sencillo, como para el mas versado en la ley.

En la sinagoga de Cafarnaum, despues de haber instruido á la muchedumbre que con la mayor atencion le escuchaba, resumia en estas dos palabras, *humildad y dulzura*, las lecciones todas que acababa de dar á los hombres. "Bendígoos, Padre mio, exclamaba, por haber ocultado á los orgullosos y á los sábios las verdades que anuncio, mientras que las habeis revelado á los humildes."

"Sí, Padre mio, tal es vuestra voluntad"

"Mi Padre me ha constituido Maestro en todas cosas: nadie conoce al Hijo si no conoce al Padre; y nadie conoce al Padre si no es el Hijo, y aquel á quien el Hijo se digne revelarlo."

"Venid, pues, á mí, todos los que sufrís y estais cargados, y yo os consolaré."

"Tomad sobre vosotros mi yugo: aprended de mí que soy manso y humilde de corazon, y hallaréis el reposo de vuestras almas."

"Por que mi yugo es suave, y mi carga ligera."

Tal era la gran enseñanza en que el Divino Maestro hacia consistir toda la perfeccion de la ley: la *humildad*, es la perfeccion del amor de Dios, y la *dulzura* que es la perfeccion del amor del prójimo.

§ II.

Este propio precepto de la humildad y dulzura; es lo primero que Jesucristo recomienda en su admirable sermón de la montaña, que encierra toda la médula de la moral evangélica.

"Bienaventurados los pobres de espíritu (es decir, aquellos cuyo corazon está desprendido de las cosas terrenas,) porque de ellos es el Reino de los Cielos."

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, por que ellos serán hartos.

"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados."

"Bienaventurados los misericordios, por que alcanzarán misericordia."

"Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios."

"Bienaventurados los pacíficos, porque seran llamados hijos de Dios."

"Bienaventurados, finalmente, los que padecen persecucion por (defender) la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos."

Hé aquí el código maravilloso de la san-

tividad cristiana, y el único secreto de la felicidad. A estas dos virtudes fundamentales la *humildad* y la *dulzura*, desconocidas hasta entonces en el mundo, deben agregarse el celo del bien, la penitencia, la misericordia y la ternura para con los demás hombres, la pureza, la paz y la paciencia; y tendremos en compendio la vida del Divino Maestro, que no enseñaba mas que lo que El mismo practicaba.

“Vosotros sois la luz del mundo, decia á sus discípulos en este mismo discurso: vosotros sois la sal de la tierra: que vuestra luz brille ante los hombres. no por vuestra gloria, sino por la gloria de vuestro Padre que está en los Cielos.

“Si vuestra santidad no es mas sólida que la de los Escribas y fariseos, no entrareis al Reino de los Cielos.”

“La ley os decia, amad á vuestros amigos y aborreced á vuestros enemigos; mas yo os digo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os dañan, y rogad por los que os persiguen.

“De este modo sereis los verdaderos hijos de vuestro Padre que está en los Cielos, y que hace lucir el sol así sobre los malos como sobre los buenos.

“Si amais á los que os aman, si solo sois

buenos para con vuestros hermanos, ¿qué mérito tendréis?

¿No hacen eso mismo los paganos?

“Guardaos de la hipocresía y no hagais vuestras obras buenas para ser vistos de los hombres. Cuando deis limosna, procurad que vuestra mano izquierda ignore lo que hace la derecha; y vuestro Padre que ve lo oculto, os dará una gran recompensa.”

“Cuando oréis y ayunéis, evitad las miradas de los hombres, y no hagáis lo que los hipócritas, que solo buscan ser estimados de ellos.

“Por lo que toca á vosotros, cuando oréis, poneos en presencia de vuestro Padre celestial y no cifreis vuestra confianza en las muchas palabras ¿No sabe acaso vuestro Padre lo que os hace falta?

Habéis de decir así:

“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga á nos tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

“El pan nuestro de cada dia dánosle hoy y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en tentacion, mas líbranos de mal.”

De este modo hablaba Jesus, Debe ser-

virnos de gran consuelo, escuchar á nuestro Dios como nos señala. El mismo las peticiones que debemos dirigirle.

Misterios sin número están ocultos en esta oracion del Señor, habiendo agotado todo su talento los escritores piadosos de todos los siglos para comentar las siete peticiones que contiene.

§ III.

Jesucristo nos ha dado ese amor nuevo en que el universo se abrasa, que no retrocede ante ningun sacrificio, y al que por eso se le ha llamado caridad. (1)

Amaos unos á otros como yo os amo, y repetia sin cesar, en esto se conocerá si sois mis discípulos, en que os améis unos á otros. Tal es el nuevo mandamiento que os dejo.

“No juzgueis, y no sereis juzgados; no condenéis, y no se os condenará.

“Dad á los que os pidan.

(1) Fenelon veía en ella el sello de la divinidad del cristianismo. “Cómo, dice, una Religion que se raesume en dos palabras, *amor de Dios y amor del prójimo*, podría no proceder del verdadero, Dios que es todo amor?

“Si dais un vaso de agua por mi amor al último de vuestros hermanos, en verdad os digo, que no perdereis vuestra recompensa.

“Todo lo que haceis en favor del menor de vuestros hermanos, lo haceis conmigo. Tratad, pues, á los demás como quereis que se os trate á vosotros mismos, y no hagáis con ellos, lo que no quisiérais se hiciese con vosotros.

—Señor, le pregunta San Pedro, ¿si un hermano me ofende, deberé perdonarle hasta siete veces?

—Y Jesus le responde.

—No solo siete veces; sino sesenta veces siete, es decir, siempre.

Aquí es, sobre todo, donde sentimos no poder transcribir tantas páginas adorables como el Evangelio encierra, empapadas de este amor, de esta suavidad incomparables, y que dán mejor á conocer á Jesucristo como Dios, que pueden hacerlo los milagros.

§ IV.

Jesus acostumbraba valerse, para instruir al pueblo, de una forma tan accesible á todos como es la *parábola*.

A favor de familiares conversaciones y de historias sencillas, de una vulgaridad sublime, facilitaba la inteligencia de su divina doctrina. Jesucristo templaba de este modo la profundidad de su enseñanza, y difundía con medida lo que El poseía sin ella, á fin de que nuestra debilidad pudiera soportarla.

“El sembrador—decía en cierta ocasion, —salió para sembrar su grano:

“Parte de la simiente cayó en medio del camino, y las aves del cielo la comieron,

“Otra porcion cayó en la piedra, y se secó por falta de riego.

“Algunos granos cayeron en las espinas, cuando empezaban á brotar, las espinas las sofocaron.

“El resto de la semilla cayó en buen terreno, donde produjo frutos centuplicados.

Esplicando á sus apóstoles esta parábola, les mostraba el Salvador de qué modo El mismo era el misterioso sembrador que habia salido del seno de su Padre para traer al mundo la simiente. Esta simiente es su palabra, la cual cae á veces sobre corazones soberbios y endurecidos, y el demonio se la lleva al momento; otros la reciben con alegría desde luego; pero la dejan perecer y sofocar por las locas disipaciones y por los cuidados del mundo. Finalmente, los verdade-

ros fieles reciben la palabra de Dios en los corazones puros y llenos de buena voluntad, y entonces es cuando dá al momento los frutos admirables de la santidad cristiana.

§ V.

En otra ocasion quiere Jesus, hacer comprender á los que le escuchan cuánto aborrece el orgullo, y de qué modo la humildad y el arrepentimiento acercan á Dios á los mayores pecadores, y dice:

“Dos hombres subieron un dia al templo para orar: el uno era fariseo y publicano el otro (1)

“El fariseo oraba en pié de esta manera
“¡Dios mio! te doy gracias, porque no soy como el comun de los hombres, injusto, adúltero ni ladron, ni como ese Publicano que

[1] Los fariseos formaban una secta numerosa entre los judios, y eran célebres por su rigidez afectada, su observancia minuciosa de los menores detalles de la ley y por una religion puramente exterior.—Los publicanos eran los recaudadores del fisco; encargados por los romanos de percibir los impuestos en la Judea. Eran tenidos, en su generalidad, por hombres desmoralizados, y muy despreciados de los judios.

está ahí. Ayuno dos veces en la semana, y doy el diezmo de todos mis bienes.

“Y el publicano, postrado humildemente á los piés del templo, ni aun se atrevia á levantar los ojos al cielo, y dándose golpes de pecho, exclamaba:

“Tened piedad de mí, Dios mio, que soy un gran pecador.

“En verdad os digo, añadía el Señor, el publicano salió perdonado, y el fariseo mas culpado; porque todo el que se ensoberbece será humillado, y el que se humilla será exaltado.

§ VI.

Estando Jesus cierto dia en Jerusalem rodeado de publicanos y de pecadores, á quienes convertia su palabra, los escribas y los fariseos murmuraban de El, diciendo:

—¡Ved al hombre que acoje á los pecadores!

Pero El les contestó con esta leccion de misericordia:

“Uno de vosotros, dice, tiene cien ovejas; una de ellas se estravia, y el dueño abandona las noventa y nueve para correr en busca de la que ha perdido; y cuando la

ha encontrado, la carga alegremente sobre sus hombros, y al volver á su casa, llama á sus vecinos, y les dice: congratuláos conmigo, porque he hallado la oveja que habia perdido.

Este buen pastor es el Hijo de Dios, que ha abandonado la gloria de su Padre y el rebaño fiel de sus ángeles para venir en medio de nosotros y salvar en su misericordia á la humanidad perdida.

§ VII.

Insistiendo mas sobre esta misericordia infinita de Dios para con el arrepentimiento, que parece compendiar todo el misterio de Jesucristo, añadía el Divino Maestro:

“Tenia un hombre dos hijos, y el mas jóven dijo un dia á su padre: Padre mio dadme la parte de vuestros bienes que me pertenece.

“Y el padre se la dió.

“A poco el jóven reunió sus riquezas, y se marchó á un país lejano, en donde disipó pronto sus bienes en insensatos desórdenes.

“Como sobreviniese en aquel país una grande hambre, el hijo pródigo empezó á experimentar necesidad.

“Púsose, pues, entonces al servicio de un habitante de aquel país, el cual lo envió al campo á cuidar los cerdos; y habria deseado en esta ocupacion alimentarse con las sobras de los puercos; pero nadie se atrevia á dárselas.

“Entonces, movido de arrepentimiento exclamaba ¡Cuántos criados en la casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, pues, é iré á mi padre, y le diré: Padre mío, he pecado contra el Cielo y contra vos, no soy digno de ser llamado hijo vuestro, recibidme en el número de vuestros sirvientes

“Y levantándose, partió á la casa de su padre. Este al verlo de lejos, se compadeció y corrió a él, se arrojó á su cuello y lo abrazó.

“Y como el hijo deseaba pedirle perdon pronto,—dijo á sus criados, traedle su vestidura blanca, colocadle en el dedo un anillo, y ponedle las sandalias. Matemos una ternera y celebremos un festin en señal de regocijo, porque ved como he hallado al hijo que habia perdido; habia muerto y ved como ha resucitado.”

Con estas dulces palabras el buen Jesus nuestro Salvador, consolaba á los pobres

pecadores, les daba valor, y restituia al aprisco las ovejas descarriadas de su padre.

Verdad es que solo para llevar á cabo esta grande obra habia descendido á la tierra: y si algo puede llamarse principal en su perfecta santidad, es sin duda su ternura, su misericordia y su amor.

§ VIII.

Acababa Jesus de entrar en el templo para instruir al pueblo, y en esto los escribas y fariseos le trajeron una muger convencida de adulterio, y colocándola en medio de aquella reunion, dijeron á Jesus:

—Maestro esta muger acaba de ser sorprendida en adulterio: Moisés en la ley mandó que sean apedreadas las adúlteras: ¿vos pues, qué decís?

Conociendo la misericordia, del Salvador esperaba obtener de él una sentencia absolutoria que fuese una trasgresion clara de la ley. Pero Jesus nada respondió é inclinándose escribia con el dedo en la tierra: accion misteriosa, que no es este el lugar á propósito para explicarla.

Y como los fariseos continuasen preguntándole, se volvió á ellos y les dijo:

Aquel de entre vosotros que esté sin pecado, arrójele la primera piedra.

Confundidos con estas inefables palabras salieron unos tras otros, y Jesus quedó solo con la acusada, es decir, Jesucristo con la pecadora, el médico con la enferma, la gran misericordia con la gran miseria.

Entonces dijo Jesus.

—Mujer dónde están los que te acusaban ¿te ha condenado alguno?

—Nadie, Señor, respondió ella llena de confusión y de arrepentimiento.

—Pues bien, le dijo Jesus, yo tampoco te condenaré, véte y no peques más.

§ IX.

Habia en Jericó un hombre rico, jefe de los publicanos y de conducta sospechosa: llamábase Zaqueo.

Como atravesase Jesus por aquella ciudad, y una turba numerosa se agolpase al paso, deseoso Zaqueo de conocer al Señor, y no pudiendo verlo por ser muy pequeño de estatura, se adelantó y subió en un sicó-

moro que se hallaba en la margen del camino por donde Jesus habia de pasar.

Con poco basta para mover el corazón de Dios: basta desear á Jesus para que El acuda á quien lo llama.

Llegado ante el sicómoro, levantó Jesucristo los ojos y vió al pecador.

—Zaqueo, le dijo, baja pronto, porque deseo hoy entrar en tu casa.

Dióse prisa Zaqueo para bajar y recibió gozoso á Jesus en su casa.

Admiráronse los judíos, murmurando y diciendo entre sí:—Ha preferido la casa de un pecador.

Mas el pecador habia dejado de serlo, y Jesus no se le habia aproximado en vano.

Prosternándose, en efecto ante el Hijo de Dios, díjole Zaqueo:

—Señor, quiero dar á los pobres la mitad de mis bienes, y restituir el cuádruplo á quienes he defraudado.

Y Jesus respondió amorosamente.

—Hase levantado hoy la salud en esta casa, pues que el Hijo del Hombre ha venido á buscar y á salvar al que habia perecido.

§ X.

Hay empero en la vida de Jesucristo otra historia de misericordia, mas interesante

quizá, y aún mas célebre, á saber: el arrepentimiento y perdon de la Magdalena.

María, apellidada Magdala, en razon de un castillo que poseía cerca del lugar llamado Magdala, era hermana de Marta y de Lázaro.

Dotada de juventud, de riqueza y de hermosura, abusaba de los dones de Dios, y sus escándalos eran conocidos de todos. Movida sin duda por alguna predicacion de Jesucristo, se resolvió á cambiar de vida.

Un dia que el Señor se hallaba en Cafarnaum, en casa de un fariseo poderoso, llamado Simon, tomó María un vaso de alabastro lleno de preciosos perfumes, y entró en la habitacion donde Jesus comia con sus discípulos. Segun costumbre de los judíos, y de toda la antigüedad, los convidados se hallaban recostados en el erredor de la mesa sobre una especie de camillas destinadas á descansar.

María Magdalena se adelantó, pues, y prosternandose sin decir palabra, á los piés del Señor, regábalos con sus lágrimas, y enjugándolos despues con su cabellera, los besaba repetidas veces, y los ungió con esquisitos perfumes.

Muy cerca está del corazon de Jesus el que se halla á sus piés.

El fariseo, entretanto, decia entre sí: Si ese fuera el Mesías, no dejaria de conocer á la mujer que le toca, y la clase de pecadora que es.

Conociendo Jesus su pensamiento, volvióse hácia él, y le dijo.

—Simon, tengo una cosa que decirte.

—Hablad, Maestro.

—Tenia un hombre, dijo Jesus, dos deudores; el uno le debia quinientos denarios, y cincuenta solamente el otro. No teniendo ninguno de ellos con que pagarlos; perdonó á ambos la deuda: Dime ahora: ¿á cuál de los dos amó mas?

Sin duda, repuso Simon, á aquel cuya deuda era mayor.

—Has contestado bien, dijo Jesus; y despues, volviéndose hácia la pobre Magdalena, añadió: ¿Ves á esta mujer? Yo he entrado á tu casa, y no me has dado agua para lavarme los piés; pero ella los ha regado con sus lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de paz y esta despues de haber entrado, me ha besado sin cesar los piés. Tú nos has derramado perfumes sobre mi cabeza, y ella sí: por esto te digo: muchos pecados le son perdonados por que ha amado mucho.

Y volviéndose luego á Magdalena con

una dulzura verdaderamente divina, le dice:

“Tus pecados te son perdonados.”

Los judíos que estaban con El á la mesa, se decían: “¿quién es este que hasta los pecados perdona?”

Pero Jesus, sin curarse para nada de estas murmuraciones farisáicas, dijo á Magdalena:

“Tú fé te ha salvado: véte en paz.”

Y la pecadora se levantó pura y perdonada, para empezar su admirable y penitente vida, haciendo del nombre de Magdalena el modelo del santo arrepentimiento y de la segunda inocencia.

Esta es la misma María Magdalena á quien un año despues vemos en la resurreccion de Lázaro su hermano, y á quien hallamos al pie de la cruz con la Virgen María y con el discípulo predilecto Juan.

De este modo perdonaba Jesus: perdonábalo todo y siempre á los corazones sencillos y arrepentidos, añadiendo á tantos testimonios de su Divinidad el que entre todos nos es mas caro, la bondad sin límite ni medida.

Es preciso, sin embargo, no confundir como se acostumbra en nuestros dias, esta bondad divina de Jesucristo con no sé qué

falsa *indulgencia* y universal *tolerancia* que debe usarse no con el pecador, sino con el pecado. Si Jesus hubiera sido semejante al cristo imaginario de los filántropos, el Evangelio no seria el *santo* Evangelio, ni Jesus hubiera sido de Dios. Porque Dios es santidad y justicia infinitas, al mismo tiempo que es amor y bondad: repele el pecado como la luz repele las tinieblas, y por eso es tan opuesto á su esencia el ser indiferente al vicio como el serlo al arrepentimiento y á las lágrimas del pecador.

El Evangelio, pues, debe tener una faz austera y terrible, que en vano algunos se lisojean de suprimir, guardando acerca de ella un estudiado silencio. “El cielo y la tierra pasarán, dijo Jesus; pero no pasará mi palabra.”

Véase, si no, cuál fué la primera palabra de la predicacion evangélica: “Haced penitencia porque se acerca el reino de los cielos; si no haceis penitencia todos perecereis.”

La dura y austera penitencia: hé aquí, pues, el fundamento necesario de todo el cristianismo.

“Esforzaos, dijo Jesucristo en el sermo de la montaña, esforzaos á entrar por la puerta estrecha; porque la puerta ancha y

el camino fácil conducen á la perdicion, y son innumerables los que toman este camino. ¡Cuán estrecha es la puerta y cuán difícil el camino que conduce á la vida, y qué pocos son los que le hallan!

“Muchos habrá que se presenten en el ultimo dia, y digan: “Señor, abridnos,” y el señor les responderá: “No os conozco, lejos de mí todos los malvados.”

“Si alguno quiere ser mi discípulo, dice tambien el Salvador, que se renuncie á sí propio, que tome su cruz y me siga: porque el que quisiere salvar su vida por Mí la hallará.” Porque ¿de qué sirve al hombre ganar el mundo entero si al cabo pierde su alma? No temais á los que matan el cuerpo, y que no pueden matar el alma y el cuerpo en el infierno. (1)

El infierno no hemos de entender que es ese conjunto de calderas hirviendo, de feos demonios y otras vulgaridades de esta especie, bajo cuyas figuras se le suele pintar comunmente. Los tormentos reales del infierno son mucho mas horribles que lo que se nos muestra con esas pinturas. El fuego eterno del infierno es ciertamente un fuego real y verdadero; pero un fuego sobrenatural, que devora sin consumir, un fuego tenebroso del cual nuestro fuego terrestre no es sino una palidísima muestra.

Quince veces en el Evangelio nos habla Jesus del infierno; Jesus, el buen Jesus, el Dios de Zaqueo y de Magdalena.

Pocos dias antes de su pasion, despues de haber predicho á sus apóstoles la ruina próxima de Jerusalém, y écholes conocer algunas señales precursoras que anunciarán á los hombres el fin del mundo, les habla de este último juicio en que todas las generaciones humanas comparecerán ante El.

“El Hijo del Hombre dice, vendrá lleno de magestad con sus ángeles: sentaráse sobre el trono de su gloria, y las naciones todas se congregarán á sus piés. Entonces separará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los machos cabríos: colocará las ovejas á la derecha, y á la izquierda los machos cabríos; y el Rey dirá á los de la derecha: “Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde el origen del mundo,” y en seguida, dirá á los de la izquierda: “Apartaos de Mí, malditos; id al fuego eterno, que fué preparado para el demónio y los suyos.”

Y los condenados irán al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna.

El infierno de fuego; el infierno de fuego eterno, es, por decirlo así, la última espression con que Jesucristo significa el castigo

que recibirán los que desprecien su amor eterno.

Y no váyamos á imaginarnos que esta reprobacion del mal, por parte de Jesus, se limita al pecado solo, cuando el hombre pecador permanece endurecido en el vicio. Tan dulce y misericordioso como es el Divino Salvador para el pecador arrepentido, es terrible para el culpable impenitente.

No es solo el farisismo lo que El maldice, es tambien al mismo fariseo.

“¡Malditos vosotros, exclama; escribas y fariseos hipócritas, que bajo una pureza aparente, sois injustos y corrompidos! ¡Ciegos! purificad primero el interior del vaso, antes que limpiarlo por fuera.

“¡Malditos vosotros, sepuleros blanqueados, que parecis brillantes exteriormente, y por dentro estais llenos de podredumbre!”

“¡Malditos vosotros, escribas y fariseos, que imponeis á los demás cargas pesadas; mientras vosotros mismos las tocais solo con la punta de los dedos! Serpientes y raza de víboras ¿cómo creéis evitar el juicio del infierno?”

El Evangelio nos presenta á Jesucristo á cada paso lanzando estos terribles anatemas contra los réprobos.

§ XIII.

¡Qué distancia hay de este odio del mal y de esta santidad viva á la tolerancia fria que con tanta frecuencia en nuestros dias se reviste del nombre de *caridad!*

¡Cuán léjos están las palabras de Jesus de las máximas de los falsos moralistas que vienen desmoralizando al mundo, de un siglo á esta parte! Han inventado una moral, al decir ellos, filosófica y cristiana; pero tanto tiene de cristiana como de filosófica en el sentido verdadero y profundo de la palabra: una moral que, ni tiene base, ni sancion positiva; que nada puede contra las menores pasiones, que toda ella desde el principio al fin, contradice la palabra de Jesucristo, pues que omite todo lo que Jesucristo ordena, es decir, la fé, el amor práctico de Dios, la penitencia, la oracion, la mortificacion, la humildad, el perdon de las injurias, el desprendimiento de las riquezas, la castidad misma.

La poca vida que alienta aun en esta moderna moral, débela al Cristianismo, en cuyo seno ha vivido, y que la sostiene, sin saberlo contra su propia miseria. Algunos

hombres buenos, que aparecen ser obra de esa moral mezquina, no son en realidad otra cosa más que cristianos á medias, y sin que ellos lo conozcan. ¿Qué sería de estos si fuesen verdaderos cristianos?

Otro tanto acontece á esta filosofía moderna, tan sonora, pero tan vana, que ha venido á colocarse presuntuosamente en el lugar de *hermana primogénita del cristianismo*. Todo lo que esta filosofía tiene de bueno, procede de la enseñanza religiosa que ataca, y sin cuya ayuda no sería mas, apesar de cuanto diga ella, que el pálido reflejo de la verdad que á lo lejos la ilumina.

Es una ilusión ridícula creer que los auxilios de esta elevada enseñanza dicen relación solamente á las inteligencias vulgares, y que los espíritus privilegiados pueden pasarse sin ellos. ¿Cómo si el Verbo de Dios no fuese mas que una especie de *maestro de primeras letras del género humano!* Todo el mundo, incluso los filósofos, y aun los filósofos mas que nadie, deben ir á la escuela de Jesucristo; primero porque El es Dios, y nosotros todos somos siervos suyos; y segundo, porque El es hombre, y su abatimiento es el soberano remedio de nuestro orgullo.

Jesucristo es el hombre por excelencia, el tipo y el modelo de la perfección humana. Apesar del carácter absoluto y divino de esta perfección, Jesucristo, sin embargo, se nos presenta como el modelo que debemos imitar, como la vía práctica por donde debemos marchar. "Os he dado el ejemplo, dice, para que del mismo modo que yo he obrado obreis vosotros."

Imitar á Jesucristo: tal es, pues, la vocación de todo el mundo, y el Apóstol San Pablo declaraba á los primitivos cristianos, que Dios no admite en la vida eterna á otros sino á los que vé conformes á la imagen de su Hijo.

Jesus es el molde divino en el que debemos todos, si nos es lícito hablar así, refundirnos y reformarnos. El mismo nos ha dicho de sí, que renueva (*Ego reficiam vos*) al hombre degenerado por la caída original; y el cristiano, el hombre nuevo, el hombre de Jesucristo es el verdadero hombre, el Adán verdadero. En el pensamiento primero del Dios Creador, el *hombre es el cristiano*.

Nada es mas asequible, nada mas suave que esta imitación de Jesucristo, que se resume en dos palabras: *Amor de Dios y amor del prójimo*. El discípulo de Cristo ama lo

que ama su Maestro, desprecia lo que su Maestro desprecia: su vida entera aspira á ser una copia esmerada de la vida de Jesus, pues él piensa de todo lo que Jesus piensa; sus juicios son conformes á los juicios de Jesus, y del mismo modo son sus afecciones y sus simpatías; esfuerzase por medio del trabajo cotidiano en practicar la humildad, la dulzura, la paciencia, la misericordia, la modestia, la castidad, la religion perfecta de su divino modelo; como El y por El, ama á los pobres, á los niños y á los desvalidos, vive en medio del mundo sin tener el espíritu del mundo: su vida entera es una excelente oracion, pues durante toda ella se esmera en referir á Dios sus actos, sus palabras, sus penas y sus goces.

Tal es el cristiano, tal es el *hombre*. Si hay tan pocos hombres en nuestro siglo, es porque hay pocos cristianos, pocos hombres que se dejen *renovar* por Jesucristo.

La primera necesidad de nuestra sociedad y de nuestra civilizacion, es pues la fé, la fé viva y práctica de Jesucristo. Fuera de Jesucristo, nada hay grande, nada sólido, no hay camino verdadero, no hay porvenir. "La obra de Dios es que creais en mí (*Opus Dei, est ut credatis in me.*)

§ XV.

Recapitulémos.—Tal es el testimonio que Jesus se ha dado así mismo durante los tres años de su vida pública.

A la pregunta fundamental que nosotros le hacemos hoy, cómo le hacian los judíos: "¿Quién eres tú?" responde con palabras tan claras que no dejan lugar dudar." **SOY EL HIJO DE DIOS HECHO HOMBRE.**"

Esta asercion que pasma y da al traste con la razon humana, la apoya Jesucristo en obras absolutamente divinas.

Finalmente, el testimonio de sus palabras y de sus obras, recibe nueva luz al ver su vida y su santidad perfectas.

Nosotros los católicos somos, por tanto, profundamente racionales por el mero hecho de creer en Jesucristo.

